

Sociedad Navarra de Medicina de Familia y Atención Primaria - SNaMFAP

**IX Semana sin Humo (año 2008) – VII CONCURSO DE RELATOS BREVES EN RELACIÓN CON
EL ABANDONO DEL HÁBITO DE FUMAR**

Ganadora

Autora: **M^a Pilar Arroyo Aniés**

Título: **“LA APUESTA”**

- - - De acuerdo a las bases del concurso, este trabajo queda en propiedad de la Sociedad Navarra de Medicina de Familia y Atención Primaria-SNaMFAP. Por tanto, cualquier difusión del mismo no está permitida salvo que se cuente con la autorización expresa de la misma - - -

LA APUESTA

La vida de cada uno transcurre en paralelo con las de los demás...o mejor, de habitual se entrecruzan y, de alguna forma, somos coautores de la vida de quienes nos rodean y a la inversa.

En una profesión como la mía los nuevos y diferentes contactos se repiten con frecuencia y, en ocasiones, se producen situaciones más o menos complejas entre las personas.

Cuando me incorporé hace dos años al servicio de Cardiología en el que trabajo no sé si era tan consciente de esta influencia, las experiencias se han ido acumulando a su favor y, como si de una llave se tratara, la que voy a comentar abrió la puerta a una vivencia más personal con cada uno de mis pacientes, dando peso a un trasvase empático de experiencias vitalizadoras.

Sólo llevaba unas semanas en el servicio cuando en el pase de visitas de la planta conocí a Manuel. Al parecer se trataba de un paciente crónico que entraba y salía con frecuencia en nuestra área, afectado de un proceso mixto cardiaco y pulmonar, que requería apoyo de tratamiento hospitalario en sus crisis.

Entrábamos un grupo de tres o cuatro personas en cada habitación, enfermera, estudiante y/o médico residente y el adjunto de turno, que esta vez era yo. Tras la valoración de cada paciente se pasaba al siguiente, cada cual a su ritmo ajustaba la exploración en cada caso...Aquella mañana al salir del cuarto de Manuel noté la mirada socarrona de sus ojos, la mascarilla de oxígeno dificultaba valorar la expresión en todo su rostro. Comentamos, no obstante, la notoria mejoría desde su

ingreso el día anterior en el que apenas mantenía la consciencia por su insuficiencia respiratoria y mientras su cuerpo se dedicaba a inspirar y expirar entrecortadamente por su enfermedad.

Pasados tres o cuatro días pudo prescindir de la misma y, a ratos, se removía cómodo por el cuarto, familiarizado como estaba con el recinto.

En una de las visitas, me hizo una señal cuando salíamos, me retrasé y le pregunté qué deseaba, me espetó un *“usted fuma ¿verdad?”* que aun me incomoda. Guardé silencio y lo miré fijamente, intentando reponerme de la sorpresa y del batacazo (no cabe duda que transgredir esa regla de salud en mi profesión, y más en mi especialidad, tiene sus connotaciones agravantes)...Demasiado sabía cómo tenía que andar con las compañeras y compañeros más exigentes y el recurso de la escalera de incendios era obligado para fumar fuera del recinto hospitalario. El remordimiento anidaba en mi corazón.

Asumir ese comentario no me gustó, menos proviniendo de un paciente., así que respondí agrediendo *“Un poco, pero espero dejarlo antes de llegar a su estado”*. Tocaba una llaga abierta conociendo el hábito inveterado de Manuel.

El, por su parte, no se irritó. *“Tranquilo Doctor, no se enfade. Lo que pasa es que, en esta abstinencia, uno se hace más sensible al olor del humo en los demás y cada día lo noto cuando se acerca a escucharme el pecho...y no sabe cómo le envidio”*. *“No creo que tenga nada de envidiable”* concluí algo más relajado y salí de la habitación sin más comentarios.

Durante su estancia el buen carácter de Manuel, conocido por todos, fue haciendo mella en mí y, aunque me mantenía a cierta distancia...no pude dejar de sonreír con sus chanzas y bromas en las visitas. El día de su alta, en tono bajo me dejó caer *“adiós, fumao, hasta la vista”*.

Retuve el apodo en mi cabeza durante unos días, especialmente cuando echaba mano del cigarrillo de turno. De algún modo me hacía sentir culpable frente al paciente, quien se supone que debe recibir nuestros cuidados y consejos preventivos y, frente a mí, concienciado del daño que el hábito me producía e incapaz de abandonarlo definitivamente. Llevaba años viviendo en esta lucha de contrarios y los paños calientes cerraban de momento las heridas. Aunque mi mente me animaba a la acción, el corazón me invitaba al acomodo.

Pasadas unas semanas se reiteró el ingreso de Manuel, esta vez una infección lo había descompensado y, dado lo avanzado de su enfermedad de base, no pudo evitarlo.

Cuando supe que estaba allí, comencé el pase de visita dirigiéndome a su habitación. Noté que me reconocía tras los habituales aparatos de control y tratamiento. Colaboró cuanto pudo en la exploración y, al final, dio un apretón a mi mano con la suya libre del gotero que yo interpreté como un saludo afectuoso.

Sin darme cuenta, hice habitual el pase de la primera y última de mis visitas de la jornada por la sala de Manuel. Controlaba su estado (era consciente de su deterioro, a veces decía, *“me estoy pudriendo por dentro”*) y, paralelamente, reflexionaba sobre mi tabaquismo. Fruto de ambos llegó a propiciarse la ocasión que desencadenó el cambio mutuo.

Una tarde que yo estaba de guardia, la puerta de su habitación abierta, me llamó. En su sillón, respiraba sereno tras la dosis de oxígeno y la mejoría producida por el antibiótico. En seguida comprendí que me preparaba un golpe, su mirada maliciosa me lo anunciaba... *“¿Qué doctor?, ¿no se va a echar hoy un cigarrillo? Todo el día sin tabaco es demasiado”* Creyéndome situado en la distancia salvadora me hice cómplice y respondí *“Puede que dentro de un rato pille aquella puerta del fondo del pasillo y dé unas caladas”...”y... ¿si las damos juntos?”*, me lanzó.

Hice ademán de salir y volvió a decirme *“Venga, diga que sí. Nadie nos va a ver tras el reparto de cenas”* Sabía bien que el personal de enfermería se retiraba a revisar las incidencias del día y a preparar el plan del siguiente.

En mi cabeza se agolpaban el malestar de verme en ese estado de fumador declarado, la incoherencia de compartir el hábito con el paciente enfermo, el deber ético de mi profesión y la norma hospitalaria de la prohibición de fumar...y todas sucumbieron de repente ante la siguiente frase *“Si me deja fumar ahora, lo dejo para siempre. Si quiere nos apostamos a ver quién deja de fumar antes”*

El “busca” sonó inesperada y afortunadamente reclamándome en otro lugar y con un lacónico *“me llaman”*, abandoné el cuarto.

Avanzaba la tarde y en mi cabeza el eco de la oferta de Manuel: una apuesta para dejar de fumar. El falso andamiaje construido para resistir en la inercia del hábito, se tambaleaba en mí. Una voz interna me decía *“ahora o nunca, ¿porqué no?, cada cual lo intenta como puede”* y, a la vez, Manuel se comprometía a dejarlo. Era una opción importante: todo por el bien del paciente. Una reflexión ética, su beneficio, frente a otra no aceptable, la trasgresión de la norma.

Subí a la planta decidido. Me esperaba en el pasillo... y sonrió al verme llegar. No le di tiempo a nada *“Este será el último, Manuel”*. *“Prometido”*, respondió y luego añadió *“Para usted y para mí”* Tragué saliva, abría la puerta y lo dejé pasar delante de mí. Tomamos acomodo en la escalera como mejor pudimos y saqué los cigarrillos.

Fumamos en silencio, como dos camaradas, percibiendo cada uno la propia calada y la del compañero. De reojo veía el placer dibujado en su cara, aunque algún golpe de tos avisaba de la inconveniencia del acto. Notaba la inquietud en mi cuerpo y, entre los dos, brotaba una cierta complicidad de ilusión compartida y apoyada. *“¿Cómo sabremos que este es el último?”*, me animé a decir. *“Doctor, he crecido entre el trabajo y la honradez, soy un hombre de palabra y espero lo mismo de usted”*. Había serenidad y compromiso en su voz.

El alta de Manuel se cursó al día siguiente, en mi ausencia.

Recuerdo cada hora de ese día. Las imágenes de la escalera de emergencias se repetían en mi interior. Sentía aquella mirada determinada en mi persona, actuaba cual parche pegado a mi piel y me impidió acercarme a la cajetilla durante toda la jornada. Ana, mi esposa, se dio cuenta de la situación porque mi inquietud y nerviosismo eran evidentes. Le dije que estaba intentando dejar el tabaco, sin más explicaciones. Su sonrisa me confirmó su respaldo.

Pasados unos días se sumó al malestar de la abstinencia la duda por saber qué sería de Manuel y de su parte del compromiso...Casi deseaba su ingreso para contrastar la actuación respectiva tras la apuesta...Yo me reforzaba asumiendo la que suponía una posición ventajosa por mi parte...6,7,8, días sin fumar, resistía.

Una mañana, casi un mes más tarde, en el parte de guardia del fin de semana oí: “Ingresó Manuel de madrugada pero en situación crítica, una parada cardiaca acabó con su vida, no pudo hacerse nada...” pero, y en eso el compañero hizo especial hincapié, traía un papel escrito que enseñó su acompañante y que hizo sonreír a todos “**ni un cigarro desde el alta**” con letra clara y grande.

La noticia me impactó. Salí de la sala y fui a la escalera de incendios, la emoción me envolvía. Veía la expresión decidida de Manuel ante mí.

No he vuelto a fumar ni un cigarrillo.

Tal y como dije al principio, la relación con otra persona-paciente caló en mis decisiones. Cabe que, a menudo, esa escucha activa, nos permita crecer en lo personal y hasta, como en mi caso, ganar tanto en lo vital, si permanecemos permeables.

Gracias, Manuel.

Ana y yo esperamos un hijo. No tenemos duda sobre el nombre que llevará si es varón.